

cion irá entonces acompañada de esas voces que tienen algo de sagradas, porque salen del sepulcro. Si he sufrido bastante en este mundo para ser en el otro una sombra feliz, un rayo escapado de los Eliseos Campos, derramará sobre mis últimos cuadros una luz protectora: la vida me sienta mal, y tal vez en la muerte hallare consuelo.

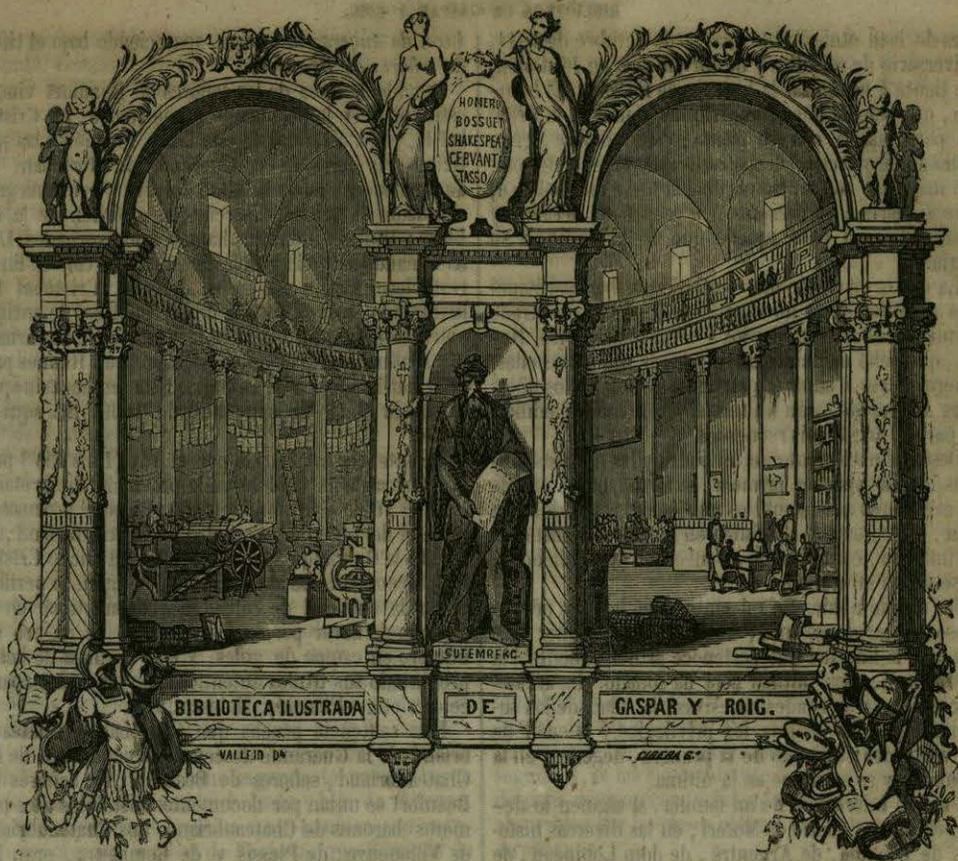
Estas Memorias han sido objeto de mi predilección. San Buenaventura obtuvo del cielo el permiso de continuar las suyas despues de su muerte; no espero un favor igual; mas desearia resucitar en la hora de los fantasmas, para corregir al menos sus pruebas. Por lo demás, cuando la eternidad me haya con sus dos manos tapiado los oidos en la polvorosa familia de los sordos, no oiré la voz de nadie.

Si tal parte de este trabajo me ha atraído mas que tal otra, es la que se refiere á mi juventud, rincón el mas ignorado de mi vida. Allí he tenido que des- pertar á un mundo de mí solo conocido; no he hallado, al errar en esa sociedad desvanecida, mas que recuerdos y silencio. De todas las personas á quienes he conocido, ¿cuántas existen hoy día?

Los habitantes de Saint-Maló se dirigieron á mí el 25 de agosto de 1828, por conducto de su maire, con motivo de algunas mejoras que deseaban verificar en su puerto. Me apresuré á contestarles, solicitando en cambio de su benevolencia una concesion de al-

gunos piés de tierra para mi tumba sobre el Grand-Bé (islote de la rada de Saint-Maló). Esto experimentó algunas dificultades á causa de la oposicion de los ingenieros militares. Al fin, el 27 de octubre de 1831, recibí una carta del maire, Mr. Hovius. Me decia en ella: « El sitio de reposo que deseais al borde del mar, á algunos pasos de vuestra cuna, será preparado por la piedad filial de los maluinós. Un pensamiento triste se mezcla sin embargo á este cuidado. ¡Ah, pueda el monumento permanecer largo tiempo vacío!...: pero el honor y la gloria sobreviven á todo lo que muere sobre la tierra » Cito con reconocimiento estas bellas palabras; solo hay de mas en ellas la palabra gloria.

Descansaré por tanto al borde del mar, que tanto he amado. Si fallezco fuera de la Francia, deseo que mi cuerpo no sea conducido á mi patria sino cincuenta años despues de mi primera exhumacion. Que salven mis restos de una sacrilega autopsia; que se eviten el cuidado de buscar en mi cerebro helado y en mi corazon apagado el misterio de mi ser. La muerte no revela los secretos de la vida. Un cadáver corriendo la posta me causa horror; huesos emblanquecidos y ligeros se transportan mas fácilmente serán menos fatigosos en este último viaje, que cuando los arrastraba aquí y allá cargados con mis pesares.



MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

*Sicut nubes... quasi naves...
velut umbra.*

Job.

La Vallée aux-Loups, cerca de Aulnay
4 de octubre de 1811.

HACE cuatro años que á mi vuelta de la Tierra-Santa compré, cerca de la aldea de Aulnay, en la vecindad de Secaux y de Chatenay, una casita de jardinero, oculta entre colinas cubiertas de bosques. El terreno desigual y arenoso, dependiente de esta casa, no era mas que un jardín salvaje, al término del cual se hallaba un arroyo y un plantío de castaños. Este estrecho espacio me pareció propio para encerrar mis largas esperanzas; *spatio brevi spem longam reseces*. Los árboles que en él he plantado prosperan; pero son aun tan pequeños, que les presto sombra cuando me coloco entre ellos y el sol. Un día, devolviéndome esta sombra, protegerán mis viejos años como yo he protegido su juventud. Los he elegido en cuanto me ha sido dado de los diferentes climas que he recorrido; ellos recuerdan mis viajes y alimentan en el fondo de mi corazon otras ilusiones.

Si alguna vez los Borbones vuelven á subir al trono,

no les pediré, en recompensa de mi fidelidad, sino que me hagan bastante rico para unir á mi heredamiento los bosques que lo rodean: la ambicion se ha despertado dentro de mí; quisiera acrecer mi paseo con algunas aranzadas; por caballero errante que sea, tengo los gustos sedentarios de un monge: desde que habito este retiro, no creo haber puesto tres veces los piés fuera de mi cercado. Si mis pinos, mis cedros, mis olmos cumplen lo que prometen, la Vallée-aux-Loups llegará á ser una verdadera cartuja. Cuando Voltaire nació en Chatenay, el 20 de febrero de 1677, ¿cuál era el aspecto del cercado donde debia retirarse en 1807 el autor de *El genio del Cristianismo*?

Este sitio me agrada; ha reemplazado para mí á los campos paternos; lo he pagado con el producto de mis meditaciones y de mis vigiliás; al gran desierto de *Atala* debo el pequeño desierto de Aulnay; y para crearme este refugio, no he, como el colono americano, despojado al indio de las Floridas. Estoy apegado á mis árboles; les he dirigido elegias, sonetos y odas; no hay uno solo entre ellos que no haya cuidado con mis propias manos, que no haya libertado del gusano, pegado á su raíz ó á su hoja; los conozco á todos por sus nombres como á hijos míos; son mi familia; no tengo otra, y espero morir cerca de ella.

Aquí he escrito *Los Mártires*, *Los Abencerrajes*, *El Itinerario* y *Moisés*; ¿qué haré ahora en las no-

ches de este otoño? Este día, 4 de octubre de 1811, aniversario de mis días y de mi entrada en Jerusalem, me tiento á comenzar la historia de mi vida. El hombre, que solo da hoy el imperio del mundo á la Francia para pisarla con su planta; este hombre, cuyo genio admiro y cuyo despotismo aborrezco; este hombre me rodea con su tiranía cual si fuese otra soledad; pero si oprime el presente, lo pasado le desafía, y quedo libre en todo aquello que ha precedido á su gloria.

La mayor parte de mis sentimientos han permanecido en el fondo de mi alma, ó solo se han mostrado en mis obras como aplicados á seres imaginarios. Hoy día, que echo de menos mis quimeras, sin ir tras ellas, quiero volver á subir la pendiente de mis bellos años: estas *Memorias* serán un templo de la muerte edificadas para la luz de mis recuerdos.

Desde el nacimiento de mi padre y las pruebas difíciles de su posición primera, se formó en él uno de los caracteres mas sombríos que hayan existido. Ora bien, ese carácter ha influido en mis ideas, asustando mi infancia, contrastando mi juventud y decidiendo la clase de mi educación.

He nacido noble. En mi sentir, me ha sido provechoso el azar de mi cuna; he guardado ese amor mas firme de la libertad que pertenece principalmente á la aristocracia, cuya última hora ha sonado. La aristocracia tiene tres edades sucesivas: la edad de las superioridades, la edad de los privilegios y la edad de las vanidades: saliendo de la primera, degenera en la segunda, y se estingue en la última.

Pueden informarse de mi familia, si alguien lo desea, en el diccionario de Moreri, en las diversas historias de Bretaña, de Argentré, de dom Lobineau, de dom Morice, en la *Historia genealogica de muchas casas ilustres de Bretaña*, del P. Dupaz, en Toussaint, Saint-Luc, le Borgne, y, finalmente, en la *Historia de los grandes dignatarios de la Corona*, del P. Anselmo.

Las pruebas de mi descendencia se hicieron en manos de Cherin, para la admisión de mi hermana Lucía como canonesa en el capítulo de Argentiére, de donde debía pasar al de Remiremont; fueron reproducidas por mi presentación á Luis XVI; reproducidas por mi afiliación á la orden de Malta, y reproducidas por última vez cuando mi hermano fue presentado al mismo infortunado Luis XVI.

Mi nombre se ha escrito en un principio *Brien*, después *Briant*, y *Briand* por invasión de la ortografía francesa. Guillermo el breton, dijo *Castrum Briani*. No hay un nombre en Francia que no presente estas variaciones de letras. ¿Cuál es la ortografía de Duguesclin?

Los *Brien*, hácia principios del siglo XI, comunicaron su nombre á un castillo considerable de Bretaña, y este castillo llegó á ser la residencia de los barones de Chateaubriand. Las armas de Chateaubriand eran en un principio piñas con esta divisa: *Siembro oro*. Geoffroy, baron de Chateaubriand, pasó con San Luis á Tierra-Santa. Hecho prisionero en la batalla de la Massoure, regresó, y su esposa, Sybilla, murió de alegría y de sorpresa al volver á verlo. San Luis, para recompensar sus servicios, le concedió á él y á sus herederos en cambio de sus antiguas armas un escudo de gules, sembrado de flores de lis de oro: *Cui et ejus hæreditibus*, atestigua un cartulario del priorato de Bérée, *Sanctus Ludovicus tum Francorum rex, propter ejus probitatem in armis, flores lilii auri, loco pomorum pini auri, contulit*.

Los Chateaubriand se dividieron desde su origen en tres ramas: la primera, llamada *barones de Chateaubriand*, tronco de las otras dos, y que empezó en el año 1400 en la persona de Thiern, hijo de Brien, nieto de Alain III, conde ó gefe de Bretaña; la segunda, denominada *Señores de las Rocas Baritant* ó del

Leon de Augers; la tercera, apareciendo bajo el título de *señores de Beaufort*.

Cuando la línea de los señores de Beaufort vino á extinguirse en la persona de Dame Renée, un Cristóbal II, rama colateral de esta línea, recibió en las particiones la tierra de la Guérande de Morbihan. En aquella época, hácia la mitad del siglo XVII, una gran confusión se habian esparcido en el orden de la nobleza; títulos y nombres habian sido usurpados. Luis XIV mandó se hiciera una investigación con el fin de restablecer á cada uno en su derecho. Cristóbal fue mantenido, sobre pruebas de su nobleza de antigua extracción, en su título y en la posesión de sus armas, por sentencia de la *cámara* establecida en Rennes para reformar la nobleza de Bretaña. Esta sentencia fue pronunciada el 16 de setiembre de 1669. Hé aquí el texto:

«Sentencia establecida por el rey (Luis XIV) para la reforma de la nobleza en la provincia de Bretaña, dada el 16 de setiembre de 1669: Entre el procurador general del rey y Mr. Cristóbal de Chateaubriand, señor de la Guérande, la cual declara al dicho Cristóbal descendiente de antiguo y noble origen, le permite tomar la cualidad de caballero y le mantiene en el derecho de llevar por armas flores de lis de oro sin número en campo de gules, y esto despues de haber presentado sus títulos auténticos, de los cuales aparece etc. etc.—Firmado, Malescot.»

Esta sentencia prueba que Cristóbal de Chateaubriand de la Guérande descendía directamente de los Chateaubriand, señores de Beaufort, los señores de Beaufort se unian por documentos históricos á los primeros barones de Chateaubriand. Los Chateaubriand de Villeneuve, de Plessis y de Combours, eran los hermanos menores de los Chateaubriand de la Guérande, como se prueba por la descendencia de Amaury, hermano de Miguel, el cual Miguel era hijo de aquel Cristóbal de la Guérande, mantenido en su extracción por la sentencia que hemos referido.

Despues de mi representación á Luis XVI, mi hermano pensó en aumentar mi fortuna de segundo concediéndome algunos de esos beneficios, llamados *beneficios simples*. Solo habia un medio practicable para este efecto, puesto que era militar: agregarme á la orden de Malta. Mi hermano envió mis pruebas á Malta, y bien pronto presentó solicitud en mi nombre al capítulo del gran priorato de Aquitania, celebrado en Poitiers, habiéndose nombrado comisarios para pronunciarse con urgencia. Mr. Pontois era entonces archivero, vice-canciller y genealogista de la orden de Malta.

El presidente del capítulo era Luis-José de los Escotais, bailio, gran prior de Aquitania, teniendo á su lado al bailio de Freslon, al caballero de la Laurencie, al caballero de Murat, al caballero de Lanjamet, al caballero de la Bourdonnaye-Montluc y al caballero de Bonetiez. Mi solicitud fue admitida el 9, 10 y 11 de setiembre de 1789. Se dice en los términos de admisión del memorial, que merecia, *por mas de un título*, la gracia que solicitaba, y que *consideraciones de gran peso* me hacian digno de la satisfacción que reclamaba.

¡Y todo esto tenia lugar despues de la toma de la Bastilla, la vispera de las escenas del 6 de octubre de 1789 y de la traslación de la familia real á París! ¡Y en la sesión del 7 de agosto de este año, 1789, la asamblea nacional habia abolido los títulos de la nobleza! ¿Cómo los caballeros y examinadores de mis pruebas hallaban tambien que merecia, *por mas de un título*, la gracia que solicitaba, yo, que solo era un pobre alferez de infantería, desconocido, sin crédito, sin favor y sin fortuna?

El hijo mayor de mi hermano (añado esto en 1834 á mi texto primitivo escrito en 1811), el conde Luis de Chateaubriand, casó con la señorita de Orglandes,

de la que ha tenido cinco hijas y un hijo, llamado Godofredo. Cristian, hermano menor de Luis, nieto y ahijado de Mr. Malesherbes, á quien se parecia de un modo notable, sirvió con distinción en España como capitán de dragones de la guardia, en 1823. Se ha hecho jesuita en Roma. Los jesuitas suplen la soledad á medida que esta desaparece de la tierra. Cristian acaba de morir en Chieri, cerca de Turin: viejo y enfermo, debía precederle; pero sus virtudes lo llamaban al cielo antes que á mí, que aun tengo bastantes faltas que llorar.

En la division del patrimonio de la familia, Cristian habia obtenido la tierra de Malesherbes, y Luis la de Combours. Cristian, no considerando la partición igual como legitima, quiso, al dejar el mundo, despojarse de los bienes que no le pertenecian y devolverlos á su hermano mayor.

A la vista de mis pergaminos, de mí solo dependeria, si hubiera heredado la infatuación de mi padre y de mi hermano, creerme descendiente por la rama menor de los duques de Bretaña, descendiendo de Thiern, nieto de Alain III.

Los dichos Chateaubriand mezclaron dos veces su sangre á la sangre de los soberanos de Inglaterra, habiéndose casado Godofredo IV de Chateaubriand en segundas nupcias con Ana de Laval, nieta del conde de Anjou y de Matilde, hija de Enrique I. Margarita de Lusignan, viuda del rey de Inglaterra y nieta de Luis el Gordo, se habia casado con Godofredo V, duodécimo baron de Chateaubriand. En la raza real de España hallábase á Brien, hermano segundo del noveno baron de Chateaubriand, unido á Juana, hija de Alfonso, rey de Aragón. Seria preciso creer tambien, en cuanto á las grandes familias de Francia, que Eduardo de Rohan tomó por esposa á Margarita de Chateaubriand, y que un Croi dió su mano á Carlota de Chateaubriand. Tinteniaco, vencedor en el combate de los *Treinta*, y Duguesclin, el condestable, tuvieron tambien enlaces con nosotros en las tres ramas. Tifania Duguesclin, nieta del hermano de Bertrand, cedió á Brien de Chateaubriand, su primo y su heredero, la propiedad de Plessis-Bertrand. En los tratados, los Chateaubriand son dados como caucion de la paz á los reyes de Francia, en Clisson, al baron de Vitre. Los duques de Bretaña envían á los Chateaubriand copias de sus juicios. Los Chateaubriand son grandes dignatarios de la corona, é *ilustres* en la corte de Nantes; reciben comisiones para velar por la seguridad de su provincia contra los ingleses. Brien I se halla en la batalla de Hastings: era hijo de Eudon, conde de Penthièvre. Guy de Chateaubriand es del número de los señores que Arturo de Bretaña dió á su hijo para acompañarle en su embajada cerca del papa.

No acabaria si no terminase lo que solo he querido fuese un corto resumen: la nota á que me he decidido, y que se hallará al fin de mis *Memorias*, por consideración á mis dos sobrinos, que no dan sin duda la misma importancia que yo á esas miserias, reemplazará á lo que omito aquí. Sin embargo, hoy día se va mas allá de lo justo; es moda declarar que es uno de raza plebeya, que se tiene el honor de ser hijo de un hombre pegado á los terrones. Estas declaraciones, ¿son tan altivas como filosóficas? ¿No es eso ponerse del lado del mas fuerte? Los marqueses, los condes, los barones, no teniendo ni privilegios ni tierras, las tres cuartas partes muriendo de hambre, denigrándose los unos á los otros, no queriendo reconocerse, disputándose mutuamente su nacimiento; estos nobles, á quienes se niega su propio nombre, ó á quienes no se concede sino á beneficio de inventario, ¿pueden inspirar algun temor? Por lo demás, que se me perdone el haberme visto obligado á descender á estos pueriles relatos, con el objeto de dar cuenta de la pasión dominante de mi padre, pasión que formó el nudo del drama de mi juventud. En cuanto á mí, ni

me glorio ni me quejo de la antigua ó de la nueva sociedad. Si en la primera era el caballero ó el vizconde de Chateaubriand, en la segunda soy Francisco de Chateaubriand; prefiero mi nombre á mi título.

Mi señor padre habria gustado, como un gran baron de la edad media, llamado á Dios el *noble caballero de las alturas*, y apellidado á Nicodemus (el Nicodemus del Evangelio) *un santo caballero*. Ahora, pasando por mi genitor, lleguemos de Cristóbal, señor soberano de la Guérande, y descendiente en línea recta de los barones de Chateaubriand, hasta mí, Francisco, señor sin vasallos y sin dinero de la Vallée-aux-Loups.

Remontando la descendencia de los Chateaubriand, compuesta de tres ramas, las dos primeras se habian estinguido; la tercera, la de los señores de Beaufort, prolongada por una rama (los Chateaubriand de la Guérande), se empobreció, efecto inevitable de las leyes del país: los primogénitos nobles se llevaban las dos terceras partes de los bienes, en virtud de la costumbre de Bretaña; los menores dividían entre todos ellos una sola tercera parte de la herencia paterna. La descomposición del corto patrimonio de estos se operaba con mayor rapidez cuando se casaban; y como la misma partición de las dos terceras partes y de la tercera existía tambien para sus hijos, estos, segundos de segundos, llegaban pronto á partir un pichon, un conejo, una red ó un perro de caza, aunque siempre fuesen *altos caballeros y poderosos señores* de un palomar, de una conejera y de una trahilla. Se ven en las antiguas familias nobles un número de hermanos segundos, se les sigue durante dos ó tres generaciones, despues desaparecen, volviendo poco á poco al arado ó absorvidos por las clases obreras, sin saber qué ha sido de ellos.

El gefe de nombre y de las armas de mi familia era, á principios del siglo XVIII, Alejo de Chateaubriand, señor de la Guérande, hijo de Miguel, el cual Miguel tenia un hermano, Amaury. Miguel era hijo de aquel Cristóbal, mantenido en su extracción de los señores de Beaufort y de los barones de Chateaubriand por la sentencia ya referida. Alejo de la Guérande era viudo; decidido borracho, pasaba sus días en beber, vivía en el desorden con sus sirvientas, y ponía los mas bellos títulos de su casa en cubrir botellas de licores.

Al mismo tiempo que este gefe de nombre y de armas, existía su primo, Francisco, hijo de Amaury, segundo de Miguel Francisco, nacido el 19 de febrero de 1683: poseía los pequeños señoríos de Touches y de Villeneuve. Había casado el 27 de agosto de 1713 con Petronila Claudia Lamour, dama de Lanjegu, de quien tuvo cuatro hijos: Francisco-Enrique, René (mi padre) Pedro, señor de Plessis, y José, señor del Parque. Mi abuelo, Francisco, murió el 28 de marzo de 1729: á mi abuela la he conocido en mi infancia; tenia aun una bella mirada, que sonreía al través de la sombra de sus años. Habitaba al morir su marido el castillo de la Villeneuve, en las cercanías de Dinau. Toda la fortuna de mi abuelo no pasaba de cinco mil libras de renta, de la que el primogénito se llevaba las dos terceras partes, tres mil trescientas treinta y tres libras: quedaban mil seiscientas sesenta y seis libras de renta para los tres hermanos menores, sobre cuya suma aun sacaba el mayor una parte.

Para colmo de desgracia, mi abuela se vió contrariada en sus designios por el carácter de sus hijos: el mayor, Francisco-Enrique, á quien la magnífica herencia del señorío de la Villeneuve pasaba, se negó á casarse, y se hizo sacerdote; pero en vez de procurar los beneficios que su nombre le habria podido facilitar, y con los cuales habria sostenido á sus hermanos, no solicitó nada, por descuido y altivez. Se sepultó en un curato del campo, y fue sucesivamente rector de Saint-Launneuc y de Merdrignac, en la diócesis de Saint-Malo. Tenia la pasión de la poesía, y he visto gran número de sus versos. El carácter alegre de esta espe-

cie de noble Rabelais, el culto que este sacerdote cristiano había consagrado á las musas en un presbiterio, escitaban la curiosidad. Daba cuanto tenia, y murió sin poder pagar lo que debía.

El cuarto hermano de mi padre, José, se dirigió á París y se encerró en una biblioteca: le enviaban todos los años las cenicientas diez y seis libras, su parte de herencia. Pasó desconocido en medio de los libros; se ocupaba en investigaciones históricas. Durante su vida, que fue corta, escribía todos los primeros de enero á su madre, único signo de existencia que jamás diera. ¡Singular destino! Hé aquí á mis dos tíos, el uno erudito y el otro poeta; mi hermano mayor hacia versos agradables; una de mis hermanas. Mad. de Farcy, tenía un verdadero talento para la poesía; otra de mis hermanas, la condesa Lucila, canonesa, podría ser conocida por algunas páginas admirables; yo he emborronado harto papel. Mi hermano ha perecido sobre el cadáver; mis dos hermanas han abandonado una vida de dolor despues de haber languidecido en las prisiones; mis dos tíos no dejaron con qué pagar las cuatro tablas de su féretro; las letras han causado mis alegrías y mis penas, y no desespero, Dios mediante, de morir en el hospital.

Habiéndose fatigado mi abuela en hacer algo de su hijo mayor y de su segundo, nada podía hacer por los otros dos: René, mi padre, y Pedro mi tío. Esta familia, que había sembrado el oro, según su escudo, veía desde su morada las ricas abadías que había fundado, y que cubrían las tumbas de sus abuelos. Había presidido los estados de Bretaña, como poseyendo una de las nueve baronías; había firmado en los tratados de soberanos; servido de rehenes á Clisson, y no habría tenido crédito para obtener una subtenencia para el heredero de su nombre.

Quedaba á la pobre nobleza bretona un recurso: la marina real. Quiso aprovecharse para mi padre; pero era preciso ante todo dirigirse á Brest, vivir allí, pagar los maestros, comprar el uniforme, las armas, los libros, los instrumentos de matemáticas, ¿cómo subvenir á todos estos gastos? El despacho pedido al ministro de Marina no llegó por falta de un protector, y la castellana de Villeneuve cayó enferma de pesar.

Entonces mi padre dió la primera muestra del carácter resuelto que le he conocido. Tenia unos quince años: habiéndose apercebido de las inquietudes de su madre, se acercó al lecho en que estaba acostada, y le dijo: «No quiero ser por mas tiempo una carga para vos.» Con esto, mi abuela rompió en llanto. (Veinte veces he oido á mi padre contar esta escena.) «René, le respondió, ¿qué vas á hacer? Labra tu campo.—No puede mantenernos; dejadme partir.—Pues bien, dijo la madre: ve adonde Dios quiere que vayas.» Abrazó al niño sollozando. La misma noche, mi padre abandonó la quinta materna, llegó á Dinan, donde una de nuestras parientes le dió una carta de recomendación para un vecino de Saint-Malo. El aventurero, huérfano, se embarcó como voluntario en una goleta armada, que dió á la vela algunos dias despues.

La pequeña república maluina sostenia sola entonces sobre los mares el honor del pabellon francés. La goleta alcanzó la escuadra que el cardenal de Fleury enviaba al socorro de Stanislao, sitiado en Dantzick por los rusos. Mi padre echó pié á tierra, y se halló en el memorable combate que mil quinientos franceses, mandados por el valiente breton, de Brehan, conde de Plelo, libraron el 29 de mayo de 1734 á cuarenta mil moscovitas, mandados por el Munich. De Brehan, diplomático, guerrero y poeta, fue muerto, y mi padre dos veces herido. Volvió á Francia, y se embarcó de nuevo. Naufragó sobre la costa de España; los ladrones lo atacaron y despojaron en Galicia, tomó pasaje en Bayona á bordo de un buque, y volvió aun al techo aterno. Su valor y su espíritu de orden lo habían he-

cho conocer. Pasó á las Islas, se enriqueció en las colonias y echó los fundamentos de la nueva fortuna de su familia.

Mi abuela confió á su hijo René, su hijo Pedro, Mr. de Chateaubriand, de Plessis, cuyo hijo Armando de Chateaubriand, fue fusilado por orden de Bonaparte, el viernes santo del año de 1810. Fue uno de los últimos nobles franceses muertos por la causa de la monarquía. Mi padre se encargó de la suerte de su hermano, aunque hubiese contraído, por el hábito de sufrir, un rigor de carácter que conservó toda su vida: el *Non ignara mali* no es siempre verdad: la desgracia tiene sus durezas como sus ternuras.

Mr. de Chateaubriand era alto y seco; tenía la nariz aguilena, los labios delgados y pálidos, los ojos hundidos, pequeños y garzos, ó hundidos como los de los leones ó los de los antiguos bárbaros. No he visto jamás una mirada semejante: cuando se encolerizaba, su brillante pupila parecía querer salirse de su órbita y penetrar en aquel á quien se dirigía como una bala.

Una sola pasión dominaba á mi padre: la de su nombre. Su estado habitual era una tristeza profunda que la edad aumentó, y un silencio que no abandonaba jamás sino cuando estallaba su cólera. Avaro, únicamente por devolver á su familia su primitivo esplendor, altanero en los Estados de Bretaña con los nobles, duro con sus vasallos en Combours, taciturno, despótico y amenazador en el hogar doméstico, la primera impresion que causaba al verle, era de temor. Si hubiese alcanzado la época de la revolucion y hubiese sido mas jóven, indudablemente hubiera representado en ella un papel importante, ó se hubiera hecho degollar en su castillo. No carecía de cierto genio, y estoy seguro de que, colocado al frente de la administracion ó de un ejército, hubiera sido un hombre extraordinario.

Cuando regresó de América, se le ocurrió el pensamiento de contraer matrimonio. Nació el 23 de setiembre de 1718, y casó el 3 de julio de 1753, á los treinta y cinco años, con Paulina Juana Susana de Bedée, que nació el 7 de abril de 1726, y la cual era hija de Angel-Anibal, conde de Bedée, señor de la Bouetardais. Establecióse con ella en Saint-Malo, y como no distaba mas que siete ú ocho leguas el lugar donde habían nacido uno y otro, veían perfectamente desde su habitacion el horizonte bajo el cual habían venido ambos al mundo. Mi ahuela materna, María-Ana de Ravenel de Boistelleul, señora de Bedée, nació en Rennes el 16 de octubre de 1698, y fue educada en Saint-Cyr, en los últimos años de Mad. Maintenon: su educacion se trasmitió despues á sus hijas.

Mi madre, dotada de un gran talento y de una imaginacion prodigiosa, se formó con la lectura de Fenelon, de Racine, de Mad. de Sévigné, y con las anécdotas de la corte de Luis XIV; sabia de memoria todo el Cyro. Paulina de Bedée, á pesar de sus grandes rasgos, era morena, de pequeña estatura y fea; la elegancia de sus modales y la viveza de su genio contrastaban con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionado al bullicio del mundo, tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa, tanto como frio é inmóvil era este, todos sus gustos eran diametralmente opuestos á los de su marido. Esta contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda melancolía. Precisada á guardar silencio cuando tenía deseos de hablar, se desquitaba de esta privacion entregándose á una especie de tristeza estrepitosa, que la hacia exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpían la tristeza muda de mi padre. Respecto á sentimientos de piedad, mi madre era un ángel.

La Vallée aux-Loups 31 de diciembre de 1811.

NACIMIENTO DE MIS HERMANOS Y HERMANAS —MI VENIDA AL MUNDO.

Mi madre dió á luz en Saint-Malo el primer hijo, que murió en la cuna, y el cual se llamó Gofredo, como casi todos los primogénitos de nuestra estirpe. A este siguieron otro varon y dos hijas, que solo vivieron algunos meses.

Estos cuatro hijos murieron de un derrame de sangre en el cerebro. Mi madre echó despues al mundo un tercer hijo varon, al que pusieron por nombre Juan Bautista: este fue el que llegó á ser mas tarde yerno de Mr. de Malesherbes. Despues de Juan Bautista nacieron cuatro hijas: María-Ana, Benigna, Julia y Lucila, todas de una raza bella, y de las cuales solo las dos mayores sobrevivieron á las borrascas de la revolucion. La belleza, grave frivolidad, subsiste cuando todas las demás han desaparecido. Yo he sido el último de estos diez hijos. Es muy probable que mis cuatro hermanas debieran su existencia al deseo que tenía mi padre de ver asegurado su nombre con el advenimiento de un segundo varon: yo me resistía á secundar estos deseos; tenía aversion á la vida.

Hé aquí mi fe de bautismo:

«Extracto de los registros del estado civil de la jurisdiccion de Saint-Malo para el año de 1768.

«Francisco Renato de Chateaubriand, hijo de Renato de Chateaubriand y de Paulina Juana Susana de Bedée, su esposa; nació el 4 de setiembre de 1768, y fue bautizado al siguiente dia por nos, Pedro Enrique Nouail, gran vicario del obispado de Saint-Malo. Fue su padrino Juan Bautista de Chateaubriand, su hermano, y su madrina Francisca Gertrudis de Contades, que firman en union con el padre. Asi consta en el registro.—Contades de Plouër; Juan Bautista de Chateaubriand; Brignon de Chateaubriand, de Chateaubriand, y Nouail, vicario general.»

Por este documento se ve que he padecido una equivocacion al consignar en mis obras que había nacido el 14 de octubre en lugar del 4 de setiembre: mis nombres son Francisco Renato y no Francisco Augusto (1).

La casa que habitaban mis padres en aquella época se halla situada en una angosta y sombría calle de Saint-Malo, llamada calle de los Judfos: actualmente es una posada. La habitacion en que mi madre me dió á luz domina una parte desierta de los muros de la ciudad, y desde sus ventanas se percibe hasta perderse de vista el mar que se estrella contra los escollos. Como consta en mi fe de bautismo, fue mi padrino mi hermano, y mi madrina la condesa de Plouër, hija del mariscal Contades. Cuando vine al mundo daba muy pocas esperanzas de vida. El bramido de las olas, encrespadas por una borrasca que anunciaba el equinoccio del otoño, impedía oír mis gritos: muchas veces me han referido estos detalles, cuya tristeza no se ha borrado jamás de mi memoria. No se ha pasado un solo dia en que, meditando en lo que he sido, haya dejado de recordar en mi imaginacion la roca sobre la cual nació, la habitacion en que me impulsó mi madre la pesadumbre de la vida, la tempestad cuyo bramido arrulló mi primer sueño, y el infortunado hermano á quien debo un nombre que he arrastrado casi siempre en la desgracia. No parece sino que el cielo reunió todas estas diversas circunstan-

(1) Veinte dias antes, el 15 de agosto de 1768, nació en otra isla situada al extremo opuesto de la Francia el hombre que destruyó la antigua sociedad: Bonaparte.

cias para colocar en mi cuna una imagen de mis destinos.

La Vallée aux-Loups, enero 1812.

PLANCOUET.—VOTO.—COMBOURG.—PLAN DE MI PADRE PARA MI EDUCACION.—LA VILLENEUVE.—LUCILA.—LAS SEÑORITAS COUPPART.—PRINCIPIOS DE MAL ESTUDIANTE.

Apenas había salido del seno de mi madre cuando ya sufrí mi primer destierro; enviáronme á Plancouet, bonita aldea que se halla situada entre Dinan, Saint-Malo y Lamballe. El conde de Bedée, hermano único de mi madre, había construido junto á esta aldea el castillo de *Monchoix*. Las tierras de mi abuela materna se extendían hasta el lugar de Corseul, que eran los *Curiosolitos* de los comentarios de César. Mi abuela, viuda hacia mucho tiempo, vivía con su hermana, la señorita de Boistelleul, en una granja, separada de Plancouet por un puente, y que había tomado el nombre de *La Abadía* de un convento de benedictinos, consagrado á Nuestra Señora de Nazareth.

El pecho de mi nodriza se agotó al poco tiempo, y me confiaron al cuidado de otra pobre cristiana, la cual me ofreció á la patrona de la Granja, Nuestra Señora de Nazareth, haciendo voto de ponerme hasta la edad de siete años el hábito benedictino. Todavía no contaba mas que algunas horas de vida, y ya se veía impresa en mi frente la pesadumbre del tiempo. ¿Por qué no me dejaron morir? Entraba acaso en las miras de Dios el conceder al voto de la oscuridad y de la inocencia la conservacion de los dias que amenazaba extinguir una vana reputacion?

El voto de la aldeana bretona no se practica ya en este siglo; y sin embargo, había un no sé qué de tierno y de sublime en la intervencion de una madre divina, que hacia de medianera entre el niño y el cielo, y que repartía con la madre terrenal los cuidados prodigados á la criatura.

A los tres años me llevaron á Saint-Malo, y ya hacia siete que había recobrado mi padre las posesiones de Combours. Sus mas ardientes deseos consistían en volver á poseer los bienes que pertenecieron á sus antepasados; pero no pudiendo entrar en trato sobre el señorío de Beaufort, que había refluído en la familia de Goyon, ni sobre la baronía de Chateaubriand, refundida en la casa de Condé, dirigió sus miras sobre Combours, que Froissart escribió *Combours*, y que habían poseído ya varios descendientes del tronco de mi familia en virtud de enlaces contraídos con los Coetquen. Combours defendía á la Bretaña contra las invasiones de Normandía é Inglaterra. Junken, obispo de Dol, lo mandó construir en 1016; la torre grande data desde 1100. El mariscal de Duras, que poseía á Combours, porque se lo había traído en dote su mujer, Maclovia de Coetquen, oriunda de una Chateaubriand, se arregló con mi padre. El marqués du Hallay, oficial de granaderos á caballo de la guardia real, demasiado conocido quizás por su bravura, es el último vástago de los Coetquen-Chateaubriand: Mr. de Hallay tiene un hermano. El mismo mariscal de Duras, pariente nuestro, fue el que nos presentó despues á mi hermano y á mí á Luis XVI.

Yo fui destinado á la marina real: la antipatía á la corte era muy natural en todo breton, y en mi padre particularmente. La aristocracia de nuestros Estados fortificaba en él este sentimiento.

Cuando me llevaron á Saint-Malo, mi padre se hallaba en Combours, y mi hermano en el colegio de Saint-Briene; mis cuatro hermanas al lado de mi madre.

Todas las afecciones de esta se habían concentrado

en su hijo mayor; y, aun cuando esto no quiere decir que dejase de amar á sus otros hijos, manifestaba sin embargo una ciega preferencia al jóven conde de Combourg. Verdad es que yo tambien gozaba de algunos privilegios mas que mis hermanas, merced á mi calidad de varon, de hijo último, porque era el *caballero* (asi me llamaban); pero el resultado es que vivia entregado á manos extrañas. Mi madre, por otro lado, que, como ya llevo dicho, era mujer de talento y de virtudes, dedicaba todo su tiempo á los cuidados de la sociedad y á los deberes de la religion. La condesa de Plouër, mi madrina, era íntima amiga suya, y visitaba tambien á los parientes de Maupertuis y del cura Trublet. Era aficionada á la política, y gustaba del bullicio del mundo, lo cual no tiene nada de extraño, porque en Sait-Malo, asi como en el monasterio de Saba, situado en el barranco del Cedron, se hablaba tambien de política: tomó parte con un ardor vehemente en el asunto de la Chalotais. El humor regañon que gastaba en casa; su distraida imaginacion, y su espíritu de patrimonio, nos impidieron conocer al pronto sus admirables cualidades. A pesar de su adhesión al orden, no se veía este nunca en sus hijos; era generosa, y parecia avara; su alma estaba dotada de una dulzura infinita, y sin embargo, estaba regañando constantemente: mi padre era el terror de los de casa; mi madre era el azote.

Los primeros sentimientos de mi vida provinieron de este carácter de mis padres. Concebí un entrañable afecto hácia la mujer que me cuidaba, excelente criatura á quien llamaban la *Villeneuve*, y cuyo nombre escribo ahora con un sentimiento de gratitud, y con lágrimas en los ojos. La *Villeneuve* era una especie de mayordomo de casa, que me llevaba en sus brazos, que me daba á hurtadillas todo cuanto encontraba, que enjugaba mi llanto, que me dejaba en un rincón para volver á cogerme en seguida, y que me llenaba de besos refunfuñando: «Este no será orgulloso; tendrá buen corazón, y no tratará mal á las gentes! Toma, chiquitín, toma!» y me daba vino y azúcar en abundancia.

A mis simpatías de niño hácia la *Villeneuve*, sucedió despues una amistad mas digna.

Lucila, la cuarta de mis hermanas, tenia dos años mas que yo. Como segundona desamparada, se vestia con los despojos de las demás. Forjaos en vuestra mente una muchacha flaca, demasiado alta para su edad, con los brazos caidos, aire tímido, que habla con dificultad, y que no consigue aprender nada: vestidla con un traje cortado para otra; ajustad su talle dentro de un corpiño, cuyas ballenas le llaguen los costados; sostened su cuello con un collar guarnecido de terciopelo negro; recoged sus cabellos en la parte superior de su cabeza; atadlos con una cinta de tela negra, y conoceréis á la miserable criatura que llamó mi atención al entrar en el techo paterno. Nadie hubiera podido descubrir entonces en la raquítica Lucila la belleza y talento que debian brillar en ella algun dia.

Entregáronmela como un juguete; pero yo no abusé nunca de mi poder; en lugar de querer tenerla sumisa á mi voluntad, me constituí en defensor suyo. Todas las mañanas nos llevaban juntos á casa de las hermanas Couppart, dos viejas jorobadas vestidas de negro, que enseñaban á leer á los niños. Lucila leia muy mal; pero yo leia peor. Las hermanas la reprendian; yo arañaba á las hermanas, y estas acudían á mi madre con amargas quejas. Comenzábase á creer que yo era un bribon, un revoltoso, un holgazán y un borrico, en una palabra. Todos los de casa participaban de esta idea; mi padre decia que todos los caballeros de Chateaubriand habian sido destrozadores de libros, borrachos y camorristas. Mi madre suspiraba y renegaba de lo lindo al ver el desorden de mi vestido. Aun cuando yo era todavía demasiado niño, no podia sufrir con resignacion los insultos que me prodigaba mi padre;

cuando mi madre acudia á completarlos, elogiando á mi hermano, á quien apellidaba un *Caton*, un héroe, me sentia dispuesto á hacer todo el mal de que me creian capaz.

Mi maestro de escribir; Mr. Després, el cual gastaba una senda peluca á lo marinero, estaba tan descontento de mí como mis padres; haciame copiar eternamente los dos siguientes versos, escritos de su letra, á los cuales cobré un horror invencible, que no procedia de la falta gramatical que se nota en ellos:

C'est á vous, mon esprit, á qui je veux parler,
Vous avez des défauts que je ne puis celer.

Sus reprimendas iban acompañadas las mas veces de algunos golpes que me aplicaba á la parte posterior del cuello, llamándome *cabeza de achocre*; ¿queria decir *chorlito* (1)? Ignoro lo que quiere decir cabeza de *achocre*; pero tengo para mí que ha de ser una cosa horrible.

Saint-Malo no es mas que una pura roca. Edificado en otro tiempo en medio de un pantano salobre, llegó á ser una isla por la irrupción de la mar, que en 709 socavó el golfo y dejó el monte de San Miguel circundado por las olas. Actualmente la roca de Saint-Malo únicamente se comunica con la tierra firme por una calzada, á la cual se le da el poético nombre de *Surco*. Invade este *Surco* por un lado la pleamar, y la marea, que va de rechazo para entrar en el puerto la lava, por el otro. En 1730 la destruyó casi completamente una tempestad. Cuando baja la marea, el puerto queda en seco, y se ven á la orilla Este y Norte de la mar montones de hermosísima arena. Entonces se puede dar la vuelta completa á mi nido paterno. Vense sembradas aquí y allí infinidad de rocas, una porción de fuertes y algunos islotes inhabitados: el *Fort-Royal*, la *Conchée*, *Cezembre* y el *Grand-Bé*, que será mi tumba; sin saberlo habia escogido bien: *bé*, en idioma breton, significa *tumba*.

Al extremo del *Surco*, donde hay un calvario, se ve un promontorio de arena en la misma orilla del Océano. Este promontorio se llama *Hoguette*, y sobre él se ostenta una horca, cuyos pilares nos servian para juzgar á las cuatro esquinas, disputándose los á las aves acuátiles. Con todo, teniamos una buena dosis de miedo siempre que nos deteniamos en aquel sitio.

Se encuentran allí tambien los *Miels*, especie de méganos donde pastaban los carneros; á la derecha, praderas en la parte baja del *Paraná*, el camino real de Saint-Servan, el cementerio nuevo, un calvario y molinos sobre montecitos, como los que se elevan en la tumba de Aquiles á la entrada del Helesponto.

VIDA DE MI ABUELA MATERNA Y DE SU HERMANA EN PLANCUET.—MI TIO Y EL CONDE DE BEDÉE EN MONCHOIX.—RELAJACION DEL VOTO DE MI NODRIZA.

Hallábame próximo á cumplir los siete años: mi madre me llevó á Plancoet para que me relevaran del voto de mi nodriza, y nos alojamos en casa de mi abuela. Si alguna vez he visto la felicidad, fue seguramente en esta casa.

La que mi abuela ocupaba, en la calle de la Granja de la Abadía, tenia unos jardines que descendian formando terrados hasta un valle, en el cual se veía una fuente circundada de sauces. Mad. de Bedée no podia moverse; pero, á excepcion de este achaque, no tenia ningun otro de los peculiares á su edad: era una

(1) *Achore*, dice el original: el autor pone tambien una nota, diciendo que *Achor* significa en griego *copetudo, orgulloso, estirado*; en ambos casos nos parece intraducible.

(Nota del Trad.)

anciana de agradable presencia, gruesa, blanca, limpia, de noble aspecto, de modales distinguidos, y que vestia un traje de pliegues á la antigua y una escofeta negra de encaje, que sujetaba haciendo un lazo con sus cintas debajo de la barba. Tenia un talento cultivado, un carácter reflexivo, y era circunspecta en su conversacion. Le prodigaba sus cuidados la señorita de Boisteilleul, su hermana, que únicamente se le parecia en lo bondadosa, y la cual era una personita flaca, enjuta, habladora y burlona. En sus tiempos habia amado á un conde de Tremigon, el cual conde le dió palabra de casamiento, y faltó despues á su promesa. Mi tia se consoló cantando sus amores, porque era poeta. Recuerdo haberla oido tararear muchas veces con voz nasal, con los espejuelos colocados sobre la nariz, y mientras bordaba los velos para las camisas de su hermana, un apólogo que principiaba asi:

Un épervier aimait une fauvette,
Et, ce dit-on, il en était aimé (1).

lo cual me ha parecido siempre muy singular tratándose de un milano. La cancion terminaba con este estribillo:

¡Ah! Tremigon, ¿la fable est-elle obscure?
Ture lure (2).

¡Cuántas cosas concluyen en el mundo como los amores de mi tia. Tararira!

Mi abuela fiaba á su hermana los cuidados de la casa. Comia á las once de la mañana y dormia siesta; se despertaba á la una y la llevaban al pie de los terrados del jardín, bajo los sauces de la fuente, donde hacia caleta, rodeada de su hermana, sus hijos y sus nietos. En aquella época la vejez era una dignidad, hoy es una carga. A las cuatro volvían á conducir á mi abuela á un salon, y Pedro, su eriado, traía una mesa de juego. La señorita de Boisteilleul golpeaba con las tenazas en la plancha de la chimenea, y algunos instantes despues se veían entrar otras tres viejas solteronas, que vivían en la casa inmediata y que acudían á la señal de mi tia. Estas tres hermanas se llamaban las señoritas *Vildéneux*. Hijas de un pobre hidalgo que les habia dejado una corta herencia, prefiriendo el disfrutarla justa á dividirla, y no se habian separado jamás, ni habian salido nunca de su aldea. Unidas á mi abuela desde la infancia con los vínculos de la amistad, vivían pared por medio, y al oír en la chimenea la señal concertada, pasaban diariamente á hacer la partida á su amiga. Principiaba el juego; las buenas señoras reñían y disputaban en grande; este era el único acontecimiento de su vida, el único instante en que la igualdad de su humor se alteraba. A las ocho venia la cena á restablecer la tranquilidad. Mi tio de Bedée asistia muchas veces con su hijo y sus tres hijas á la cena de mi abuela, la cual contaba mil historias antiguas: mi tio referia á su vez la batalla de Fontenoy, en la cual se habia encontrado; y despues de ponderar sus brillantes hazañas, concluía por contar cuentos un sí es no es colorados, que hacían reventar de risa á aquellas honestas señoritas. A las nueve, despues de terminada la cena, entraban los criados, se ponían todos de rodillas, y la señorita de Boisteilleul rezaba el rosario en voz alta. A las diez todas las gentes de la casa dormían, exceptuando mi abuela y su doncella, á la cual hacia leer hasta la una de la mañana.

Esta sociedad, la primera á que asistí en mi vida,

(1) Un milano amaba á una paloma, y, segun se dice, era correspondido.

(2) ¡Ah! Tremigon, ¿os parece la fábula oscura? Tararira.

ha sido la primera tambien que ha desaparecido á mis ojos. Yo he visto la muerte entrar bajo aquel techo de paz y de bendicion, dejarlo solitario poco á poco, y cerrar una tras otra todas sus habitaciones para no volver á abrirlas jamás. He visto á mi abuela precisada á renunciar á su partida de juego, porque habian ido faltando todas sus tertulianas; he visto disminuirse el número de sus amigas, hasta que le tocó la vez: mi abuela fue la última de todas. Su hermana y ella se habian prometido llamarse desde la otra vida en el instante mismo en que faltase una de las dos: cumplieron fielmente su palabra; y la señorita de Bedée sobrevivió tan solo poco mas de un mes á la señora de Boisteilleul. Quizas soy el único hombre en el mundo que sepa que han existido todas estas personas. Veinte veces he hecho esta observacion desde aquella época, y otras tantas he visto formarse y disolverse sociedades en torno mio. Esa imposibilidad de duracion y consistencia en los vínculos humanos; ese olvido profundo que viene en pos de nosotros; ese invencible silencio que se apodera de nuestra tumba y que se hace extensivo hasta nuestra casa, me impele constantemente á la necesidad del aislamiento. Cualquiera mano es buena para darnos el vaso de agua que podamos necesitar cuando nos veamos postrados por la fiebre de la muerte. ¡Ah! ¡Plegue al cielo que no sea para nosotros demasiado cara! Porque, ¿cómo abandonar sin desesperacion la mano que hemos cubierto de besos, y que quisiéramos tener posada eternamente sobre nuestro corazón?

El castillo del conde de Bedée se hallaba situado á una legua de Plancoët, y en una altura desde la cual se descubria un delicioso paisaje. Todo respiraba en él felicidad y regocijo. El buen humor de mi tio era inagotable. Sus tres hijas, Carolina, Maria y Flora, y su hijo, el conde de la Bouetardais, consejero en el Parlamento, participaban igualmente de la ternura de su corazón. Una caterva de primos, que vivían en las intermediaciones, invadían con frecuencia á Monchoix, donde se tocaba, se bailaba, se emprendían cacerías y se bromeaba desde la mañana hasta la noche. Mi tia, la señora de Bedée, á la cual no se le ocultaba que mi tio iba comiéndose alegremente sus fondos y su renta, se incomodaba con sobrada razon; pero no se le hacia caso; y su atrabiliario genio aumentaba el buen humor de su familia; verdad es que ella era tambien un tanto cuanto maniática, y entre otras rarezas tenia la de dejar que se acostase en su falda un perrazo de caza muy arisco, y la de que fuese en su seguimiento un jabalí domesticado, cuyos gruñidos atronaban el castillo. Cuando yo iba desde la casa paterna, tan sombría y silenciosa, á esta casa de bullicio y de diversiones, me hallaba en un verdadero paraíso. Este contraste llegó á ser para mí mucho mayor, cuando mi familia se fue á vivir al campo. Pasar de Combourg á Monchoix era pasar del desierto al mundo, del castillejo de un baron de la edad media á la casa de recreo de un príncipe romano.

El dia de la Ascension del año 1775 parti para Nuestra Señora de Nazareth en compañía de mi abuela, mi madre, mi tia de Boisteilleul, mi tio de Bedée y sus hijos, y de mi nodriza y mi hermano de leche. Tenia una levita blanca, zapatos, guantes, un sombrero blanco y un cinturón de seda azul. Llegamos á la abadía á las diez de la mañana. Una calle de olmos del tiempo de Juan V de Bretaña envejecían el convento, que se halla situado al lado del camino. Esta calle conducía al cementerio; para entrar en la iglesia, el cristiano tenia que atravesar la region de los sepulcros: la muerte conduce á la presencia de Dios.

Los religiosos ocupaban ya en el coro sus respectivas sillas; ardían en el altar multitud de velas, y de las diferentes bóvedas pendían una porción de lámparas; en los edificios góticos hay lontananzas y descubre la vista una especie de horizontes sucesivos. Los ma-

ceros salieron á recibirme á la puerta, vestidos de ceremonia, y me condujeron al coro, donde habia preparados tres asientos: yo me coloqué en el de en medio; mi nodriza se sentó á mi izquierda, y mi hermano de leche á mi derecha.

Al poco rato empezó la misa; en el ofertorio se volvió hacia mí el celebrante, y leyó algunas oraciones; despues de lo cual me desnudaron de mis hábitos blancos, que quedaron colgados en *ex-voto* encima de una imagen de la Virgen. Revistiéronme en seguida con un hábito morado, y el prior pronunció un discurso sobre la eficacia de los votos: recordó la historia del baron de Chateaubriand, que acompañó á San Luis al Oriente, y me dijo que acaso visitaria yo tambien en la Palestina á aquella Virgen de Nazareth, á quien debia la vida por la intercesion de las plegarias del pobre, agradables siempre á los ojos de Dios. Aquel monje, que me contaba la historia de mi familia, como el abuelo del Dante le contaba la de sus

abuelos, hubiera podido añadir tambien, como Cacciaguada, la prediccion de mi destierro:

Tu proverai si come sá di sale
Il pane altrui, e come e duro calle
Lo scendere e'l salir per l'altrui scale.
E quel che piu ti graverá le spalle
Sarà la compagnia malvagia e scempia,
Con la qual tu Cadrai in questa valle;
Che tutta ingrata, tutta matta ed empia
Si farà contra te.

Di sua bestialitate il suo processo
Sara la pruova, si ch'á te fia bello
Averti fatia parte, per te siesso.

«Tu aprenderás lo salado que sabe el pan ageno y lo duro que es el subir y bajar las escaleras de otros. Pero lo que ha de pesar mas sobre tus hombros será



ESTE SITIO ME AGRADA.

la compañía depravada é insensata que te arrastrará en su caída, y la cual se volverá contra tí, haciendo alarde de ingratitud, de locura é impiedad.

»Su conducta será la mejor prueba de su estupidez, en tu mano está por lo tanto adoptar el mejor partido.»

Desde la exhortacion del monje he estado soñando siempre con la peregrinacion á Jerusalem, hasta que al fin me decidí á llevarla á cabo.

Fui consagrado á la religion, y los despojos de mi mocencia quedaron sobre sus altares, en la actualidad no son mis vestidos los que habrán de suspenderse en los templos; son mis miserias.

Volvieron á conducirme á Saint-Malo, que no es

seguramente el Aleth de la *notitia imperii*: los romanos fundaron un Aleth, pero no en el barrio de Saint-Servand, sino en el puerto militar llamado *Solidor*, á la embocadura del Rance. Enfrente de Aleth habia una roca, *est in conspectu Tenedos*, la cual no era el refugio de los pérfidos griegos, sino el retiro del ermitaño Aaron, que fijó su residencia en esta isla el año 507: de esta misma fecha data la victoria de Clovis sobre Alarico: el uno fundó un reducido convento, y el otro una vasta monarquía: ambos edificios se han desplomado á un tiempo.

Malo, en latin *Maclovius*, *Macutus*, *Machutes*, fue creado obispo de Aleth en 514, y visitó á Aaron, atraído por su fama. Despues de la muerte del santo fue capellan del oratorio de esta ermita, y erigió una iglesia cenobítica *in praedio Machutis*. Dió su nombre á la isla primeramente, y despues lo tomó tambien la ciudad *Maclovium*, *Maclopolis*.

Desde San Malo, primer obispo de Aleth, hasta el beato Juan, llamado de la *Parrilla*, que fue consagrado en 1140, y que hizo edificar la catedral, ocuparon la silla cuarenta y cinco obispos. Habiendo quedado Aleth casi enteramente abandonado, Juan de la Parrilla trasladó la silla episcopal de la ciudad romana á la ciudad bretona, que iba extendiéndose sobre la roca Aaron.

Saint-Malo sufrió mucho en las guerras que sobrevinieron entre los reyes de Francia é Inglaterra.

El conde de Richemont, despues Enrique VII de Inglaterra, en cuyo reinado terminaron los partidos de

la rosa blanca y de la rosa encarnada, fue conducido á Saint-Malo. El duque de Bretaña lo entregó á los embajadores de Ricardo, y estos lo iban á llevar á Londres para darle allí la muerte; pero consiguió escaparse burlando la vigilancia de sus guardias, y se refugió en la catedral. *Asylum, quod in ea orbe est inviolatissimum*: este derecho de asilo se remontaba hasta los druidas, primeros sacerdotes de la isla de Aaron.

Un obispo de Saint-Malo fue uno de los tres favoritos (los otros dos eran Arturo de Montauban y Juan Hingaut) que perdieron al infortunado Gil de Bretaña:



ME OFRECIÓ A LA PATRONA DE LA GRANJA, NUESTRA SEÑORA DE NAZARETH.

asi consta en la *Historia lastimosa de Gil, señor de Chateaubriand y de Chantocé, principe de la sangre de Francia y de Bretaña, estrangulado en la prision por los ministros del favorito el 24 de abril de 1450.*

Existe una capitulacion magnífica entre Enrique IV y Saint-Malo: la ciudad trató de potencia á potencia; protegió á los refugiados dentro de sus muros, y obtuvo, en virtud de una cédula de Filiberto de la Guiche, gran maestro de la artillería de Francia, autorizacion para fundir cien cañones. Nada se parecia tanto á Venecia (exceptuando en el sol y en las artes), por su religion, sus riquezas y su orden de caballería marítima, como la pequeña república de Saint-Malo,

la cual apoyó la expedicion de Carlos V á Africa, y auxilió á Luis XIII en el sitio de la Rochela: su pabellon ondeaba sobre todos los mares: tenia relaciones con Moka, Surates, Pondichery, y exploraba el mar del Sur una compañía formada en su seno.

Mi ciudad natal se distinguió desde el reinado de Enrique IV por su adhesion y su fidelidad á la Francia. Los ingleses la bombardearon en 1693, y el 29 de noviembre del mismo año lanzaron sobre ella una máquina infernal, con cuyos restos he jugado muchas veces con mis camaradas. En 1758 la bombardearon de nuevo.

Los habitantes de Saint-Malo prestaron á Luis XV considerables sumas durante la guerra de 1701, y en